

EN LA PLAYA

¿Quién será...?

Desde que la he visto, ha cautivado mi atención y vá en aumento el interés que despierta en mí su actitud bellamente meditabunda, inmóvil, inerte.

¿Quién será...? ¿Por qué está aquí, en este lugar que yo tanto prefiero, por el silencio y soledad que en él disfruto? ¿Qué busca en este retiro, apenas conocido más que de las aves, del viento y de las olas?

Y está sentada en esa piedra preciosa a la que yo tantas veces ocupo, para gozar los encantos de la naturaleza al expirar la tarde. Todavía no se ha fijado en mí, por lo profundamente concentrada que debe de estar en sí misma. Se cree sola. Desde aquí la observaré disimuladamente, sin que me vea.

Parece joven: casi una niña; y contrasta la nieve de su vestido con el azabache de su cabellera, cuya trenza cae descuidada y con gracia sobre uno de sus hombros.

¿Y sola! En esta hora... cuando tantas, muchas, todas las de su edad estarán revoloteando como mariposillas por la Luneta, llenándola de vida con sus risas juveniles.

Los primeros ecos de la banda de música llegan hasta aquí en alas del viento; pero ella no presta atención no los oye, o si los oye no le agradan, pues ha hecho un brusco mirimintio, impropio de su escultural quietismo anterior, quedando con la frente apoyada sobre ambas manos. Imposible adivinar qué idea bulle en su mente, el sentimiento que acaricia su corazón.

¿Goza... sufre... llora...? ¿Quién sabe! Está tan absorta...! Pero, no: su corazón no gusta las dulzuras del gozo. La alegría es comunicativa, social, expansiva; y ella está completamente sola, con una soledad elegida, buscada al parecer por sí misma, como si viniese huyendo de la compañía y del ruido por que le hacen daño.

¿Quién será? Tal vez pertenece a ese reducidísimo grupo de seres notalgicos, enfermos del ideal, aristócratas del espíritu, siempre sedientos de algo que no encuentran acá abajo; a quienes hiera el vértigo de la soledad, y buscan en el silencio, en la soledad, en sí mismos la felicidad que no encuentran en el bullicio mundanal. Por eso está ahí recreándose en los encantos que le brinda la naturaleza en esta hora de profunda calma. No hay duda; posee una de esas almas de exquisita sensibilidad, a las que basta una flor, una mariposa, el canto del ave para sentir las

más tiernas emociones.

Ya cambia de actitud: Sí, se mueve... Y se fija en la pulsera con interés... ¿La hora del diminuto reloj...? ¿Una cita...? Pero, no; todavía no ha vuelto ni una vez su cabeza, como parece lo hubiera hecho si estuviese en espera de alguien. Su mano derecha se menea lenta unas veces y otras nerviosilla, como si pasase las hojas de un libro: ¡Estará leyendo! Sí, leyendo estaba: diviso sobre sus rodillas el libro, del cual ha retirado la vista, que ahora tiene fija en la lejanía, como si viese algo que le agrada. No cabe duda, su corazón se recrea con las magnificencias de la creación, y sabe apreciar la belleza de los seres. Ante la vista de ese sol que se hunde en un lecho de oro y grana, ha quedado embelesada.

Si así es ¡que alegría! su corazón es pariente, gemelo del mío: yo también estoy aquí engolfándome en la contemplación de la naturaleza.

¡Iré: llegaré hasta ella; y si por la expresión de su rostro vislumbro que no le sorprende ni desagrada mi presencia, entonces... ¡qué sé yo! gozaremos hablando de todo cuanto nos rodea: del mar callado, del sol que se hunde, de los montes que empiezan a cubrirse de neblina, de las flores, de los astros, del cielo... ¡Me es tan grato dialogar con quien adivina y entiende el lenguaje elocuente de estos atardeceres! ¡Soy tan amigo de los amigos de la soledad!

Pero... y si sufre...? Hay dolores cuyo recuerdo nos lastima, y no obstante llegan momentos en que estamos bien con ese recuerdo: lo amamos y nos disgusta que vengan a estorbar nuestro silencio y abstracción. Debo, pues, respetar su dolor; no me decido a ir.

Parece que se levanta. ¡Me habrá visto! Y se retira, se aleja tarde, lentamente. Me decido: iré; le daré alcance: quiero dejar satisfecha mi curiosidad.

Estoy ante la piedra donde ella estaba, y... ¡horrible decepción! Sobre esa piedra blanca, que yo suponía confidente de sus nobles sentimientos de su alma procer, artista, enamorado de sanos y purísimos ideales, veo la más inmunda, pestilencial y obscena novela de Trigo. Aquí está el envenenado libro como respuesta burlesca, mordaz, sarcástica a todas mis dudas y curiosidad. ¡Desgraciada! Estaba saboreando, deleitándose, embriagándose en la lectura de esas

páginas, donde el autor volcó a montones el cieno y la podredumbre. ¡Y yo que la creía entregada a la dulcísima contemplación de esta melancólica poesía, con que está revestida la naturaleza en esta hora de silenciosa calma!

¿Qué hacer? Entre indignado y compasivo, opto por la compasión. Sí: la compadezco. Voy a su encuentro: le hablaré suave, cariñosamente del abismo en que se hunde su inocencia de niña o su pudor de doncella, menoscando la inmundicia de tales lecturas.

Pero... ya es tarde. Un joven llega con paso rápido: pasa junto a mí dirigiéndome una mirada de sorpresa y desagrado, que yo recibo tranquilo y se junta a ella. Todo lo comprendo: lo esperaba: por eso examiné la hora en el reloj de su pulsera, y poco después se levantó. Entre risas y gritos que me repugnan, caminaron los dos en dirección para mí desconocida. He quedado solo: me hacía daño su presencia, y aquí estoy revolviendo las ideas y sentimientos encontrados que hierven en mis adentros.

¡Pobre joven, a quien yo me imaginaba bellísimo capullo entreabriéndose a la vida para convertirse en rosa: y verla sin color, marchita, devorada por el inmundado sapo del vicio! A esa edad...! ¡Qué vergüenza y qué dolor!

¿Y si fuese ella sola! Pero quizá son muchas las que caminan por esa resbaladiza senda, dejando al pasar trazos de inocencia, despojos de pudor, girones de dignidad! Y son también muchas las que viven en la ilusión engañadora de que pueden amalgamar tan obscenas lecturas con la Religión, con la piedad cristiana con la recepción de Sacramentos. Terrible y peligrosísimo estado, del cual deben salir antes que llegue el ignorado día de rendir estrecha cuenta de sus reprensibles actos.

Mientras así pienso, los he perdido de vista; pero no puedo olvidar a esa joven, a esa niña, hacia la que siento profunda y sincera compasión; Viéndola caminar por el fango y al borde del abismo. Expuesta está, si no cambia de rumbo, a ser con el tiempo como la mujer de que habló Daudet: "devoradora de corazones, insensible como una tumba, que va dejando, por dondequiera que pasa, lágrimas, desamión, soledad, hogares deshechos".

¿Desgraciada! ¿Quién será...?

EL SOLITARIO.